

# LOS CONTORNOS DEL DIOS CRISTIANO

¿Qué decimos cuando decimos Dios? Incluso cuando nuestra fe nos sitúa ante Él como lo más profundo y sólido de nuestra vida, no es fácil responder a esta pregunta. En estas páginas, intentaremos acercarnos a la imagen de Dios que tenemos los cristianos y a cómo esta se ha ido formando en nuestra fe.

## 1. El Dios del paraíso

¿Cómo veríamos a Dios si estuviéramos en el paraíso? La imagen que nos ofrecen estos relatos, que aunque están al comienzo de la Escritura se escribieron muy al final de la historia de Israel, es la imagen con la que ha ido apareciendo Dios, una imagen que estaba perdida entre las brumas del pecado desde el inicio de la historia humana.

Si estuviéramos en el paraíso lo primero que nos sorprendería sería que las cosas estuvieran ahí. Despertarnos en un mundo *dado*, con la sensación de que estaba ahí *a nuestra disposición*. Todo está hecho antes de que aparezca el ser humano y todo está hecho por Dios para que sea su hogar. Así pues, si estuviéramos en el paraíso lo primero que veríamos de Dios, sin verle a él, sería su generosidad. Todo lo ha hecho para otros distintos de él mismo, para nosotros. Así pues, mirando el mundo veríamos la benignidad de Dios.

Además, nos sorprendería el orden de las cosas, sus ritmos, su exuberancia, su belleza. Ante la armonía del mundo y su belleza podría descansar nuestra mirada y nuestro corazón. Y Dios se nos mostraría, incluso sin que le viéramos, como el que no se conforma con lo útil, sino que viste las cosas con belleza, que no está atado a la necesidad, sino que sobreabunda creando lo que solo sirve para disfrutar de la vida. Sentiríamos, entonces, que además de generosa, la sabiduría interna de Dios es también creativa y lúdica.

Por último, sentiríamos que ante nosotros se abre un mundo de posibilidades. Que estábamos llamados a la libertad y al ejercicio creativo del poder. Que no todo está dado, sino que hemos de participar en la misma creación del mundo. Nos daríamos cuenta, de esta manera, que Dios no es celoso de su poder, que se complace en nuestra colaboración, en dejarnos ser nosotros mismos con lo que nos da. Nos daríamos cuenta de que a Dios le alegra que mostremos nuestra grandeza en esta tierra que ha creado para nosotros (Prov 8,30-31).

De esta manera sentiríamos que, incluso si Dios no es visible ante nosotros como una cosa más, está siempre ahí, atravesando con su presencia y acción la

realidad para que exista, para que exista amplia y bella para nosotros, para que nosotros podamos sentirnos señores de nosotros mismos en nuestra acción en este mundo dado. De esta manera, a la caída de la tarde, cuando miráramos lo que somos, sentiríamos a Dios mismo paseando con nosotros por el jardín (Gen 3,8). Un Dios lleno de filantropía, de sensibilidad, de discreción y de amor por la vida del ser humano (Sal 8).

## **2. El Dios perdido**

Ahora bien, no es este el Dios que nos viene a la idea de manera inmediata. Demasiadas veces nos asalta la idea de un Dios tan indiferente y distante a nuestra vida que casi lo sentimos inexistente, o la de un Dios tan arbitrario e injusto que preferiríamos dejarlo a un lado para vivir tranquilos y libres.

¿Qué ha pasado? ¿Dónde se ha formado la bruma que ocultan el verdadero rostro de Dios?

### *a. El peso de la caducidad*

No nacemos en el paraíso, antes o después lo notamos, como el niño que por más que entre en un mundo de posibilidades lo primero que siente es la dificultad para respirar, el frío y el hambre. La belleza y las posibilidades del mundo están atravesadas siempre por su limitación. Habitamos un mundo definido por una armonía que se deja ver e intuir, pero que nunca es completa. Y esta falta de integridad nos atraviesa como una espina clavada en la carne que no nos deja disfrutar del todo de lo real. La tierra en sequía, el cuerpo enfermo, el amor siempre deficitario. Estas experiencias nos hacen clamar, incluso si percibimos la bondad de las cosas: “¿A dónde te escondiste, Señor?”

Por eso, incluso sintiendo la presencia de Dios, los creyentes podemos entender que algunos imaginen a Dios insensible, indiferente, e incluso que lleguen a pensar que es falso, que solo es una idea creada por el hombre al contemplar la grandeza del mundo. Y, sin embargo, y aunque esta intuición no lo soluciona todo, el creyente recuerda que para que el niño que nace sea él mismo y luego abrace a la madre y al mundo, debe atravesar el desierto de esta limitación en la que él no lo es todo, y descubrir en ella un espacio propicio para el encuentro y el amor. Así es como el creyente entra en esta prueba de la caducidad, sintiendo que puede convertirse en un camino para el amor consumado.

### *b. La agresión del mal*

Pero hay más, el ser humano parece que solo sabe reaccionar a esta limitación con gestos de posesividad y dominio, absorbiendo las cosas y sometiendo a las personas, para sentirse seguro (Gn 3,1-7; 4,1-8). Entonces, aparece el mal. El hombre ha convertido la limitación, llamada a ser un lugar de encuentro y vida

compartida, en un espacio de sospecha y envidia, de lucha y opresión, de injusticia y violencia. Es así como comienzan a escucharse en el mundo los gritos de la humanidad sometida, de los hombres y mujeres golpeados por la mezquindad de quien, para sentirse seguro y fuerte, no tiene reparo en robar la vida a los que le rodean (1Re 21,1-16). Nace así el grito de la tierra mezclada con sangre (Gn 4,10), y este grito se extiende por toda la tierra clamando a un Dios que parece no ofrecer su bendición más que a los que tienen poder para arrancarla de sus manos, aunque sea a costa de sus semejantes.

Por eso, incluso si los creyentes, en medio de la injusticia y la persecución, se fían de Dios (Sal 144 y 145), pueden entender que algunos imaginen a Dios parcial e injusto, e incluso que su proclamada bondad y existencia es una farsa para consolar y adormilar a los que deben luchar por recuperar la dignidad de su vida. Aun así, el creyente, incluso si reta a Dios con palabras fuertes para que muestre su bondad (Jer 12,1-2), no deja de creer que solo Él es el refugio seguro de su vida (Sal 46).

### **3. El Dios exiliado**

Dice un refrán que “todo es según el color del cristal con que se mira”, y esto significa que tenemos un cierto poder sobre la realidad para darle forma, para dejarla ser lo que es o para deformar su ser y sus posibilidades. Y esto pasa también con Dios. De hecho, de inicio nunca vemos a Dios como es, porque nos falta la mirada natural del paraíso, es decir, la mirada que sabe ver la verdad de las cosas. Nuestra mirada está habitada por el miedo al no ser, un miedo que proviene de nuestra limitación y nuestra muerte, y de las humillaciones que sufrimos. La historia de este miedo se ha solidificado en el corazón de los seres humanos perdiendo así una mirada abierta y confiada, una mirada de fe sobre las cosas, sobre las personas y sobre Dios.

De alguna manera, la imagen verdadera de Dios ha sido exiliada de nuestra mirada y, en su lugar, en el interior de su ser ha anidado una imagen que no es sino la del mismo ser humano magnificado.

Ha aparecido así un dios celoso de los otros, un dios que quiere ser y ocupar todo el espacio; un dios que lo quiere todo para sí: las cosas y la adoración de los que le rodea para sentirse vivo y seguro; un dios al que no le importa la injusticia y no tiene reparo en utilizar la violencia para mostrar su poder. Así ha sucedido que lo que llamamos Dios, muchas veces solo tiene de Dios la palabra, pues sus entrañas tienen la forma posesiva y prepotente de lo humano. Este dios es solo un ídolo, un pequeño fetiche que justifica la vida de los que tiene el poder y sus injusticias.

Esto significa que, en algún sentido y para nuestra desgracia, los hombres conseguimos finalmente alzar la torre de Babel, destronar a Dios y ponernos en su lugar, y ahora el príncipe de este mundo no es sino al hombre que se viste de Dios (Jn 12,31). Este dios falso ha sido capaz incluso de apropiarse muchas veces de los ritos religiosos más santos, como puede verse en la historia de las religiones, del

pueblo de Israel e también de la Iglesia. Cuando esto ha sucedido se ha oprimido y humillado, se ha robado y asesinado en nombre de dios, de este dios falso.

Son los profetas los que distinguen la verdad de la mentira. Desde Elías, Isaías o Jeremías hasta el mismo Jesús han levantado la voz para denunciar la idolatría y para que el verdadero Dios se hiciera presente en el interior de la palabra que utilizamos para nombrarle. En esto consiste la historia de la revelación, en el venir de Dios a su nombre para que al pronunciarlo nos situemos verdaderamente delante de Él y su proyecto de vida para todos, y no delante de nosotros mismos y nuestras ansias de poder, posesión y seguridad proyectadas en el cielo.

#### **4. La revelación de Dios o la renovación de una amistad desconocida**

Ahora bien, si Dios ha querido venir a ocupar su puesto no lo ha hecho en un afán de reconquista y revancha, sino para reiniciar el proyecto que desde siempre pensó para el ser humano: colocarlo como criatura amada destinada a la amistad con él. Así, poco a poco, se ha ido dejando ver a los que “tenían ojos para ver y oídos para oír”, y estaban dispuestos a volver a su ser, a convertirse (Hb 1,1-2; Mc 1,14).

##### *a. El Dios redentor*

La historia de su revelación empieza cuando se sitúa al lado de los que sufren la violencia de los fuertes y el peso de los dioses que justifican su prepotencia; comienza eligiendo a un pueblo pequeño, oprimido y sin futuro; comienza mostrándose no como un simple Dios poderoso con los poderosos, sino compasivo con los sufrientes. “He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa” (Ex 3,7-8).

Dios llama *míos* de una forma distinta a como llama *míos* los ídolos y los hombres por ellos justificados. Si estos llaman *míos* con sentimiento posesivo y de dominio, Dios lo hace con un sentimiento de afecto que le mueve a compasión y ayuda: “Cuando Israel era joven lo amé y de Egipto llamé a *mi* hijo” (Os 11,1).

El arco de esta revelación va desde la liberación de los oprimidos por los egipcios a través de Moisés hasta la búsqueda de los publicanos y pecadores de Jesús para sentarlos a la mesa de Dios, cuando habían sido expulsados de la mesa de los hombres que se dicen justos. El verdadero Dios es el que rescata a los que han perdido el puesto que Él quiso para todos en su creación.

##### *b. El Dios compañero y guía*

Dios no los deja ‘a su aire’ y sin amparo después de rescatarlos. ¿Qué podrían hacer sino vivir lo que han aprendido y volver a oprimirse unos a otros? Dios inicia con ellos un camino de vida. Dios es así el compañero de camino (Ex 13,21-22) que

les va enseñando las verdaderas leyes de la vida (Ex 19-20,19). Esto es lo que los textos del Éxodo han querido subrayar.

Dios quiere llevar al pueblo de nuevo al paraíso, que ahora Israel lo sabe en el futuro de la tierra prometida. Para eso se acerca y camina a su lado, aunque el corazón del hombre sea tan díscolo al aprender y tan torpe para la confianza y amistad con Dios (Os 11,2-6). Los diez mandamientos son la palabra maestra de Dios, la llave que abre la tierra a una vida buena para todos. De todas formas, esta ley tendrá que pasar luego por el corazón de Jesús para que revele todo su significado.

Es en Jesús donde, definitiva y propiamente, Dios va a caminar entre los hombres para re-ofrecerles todo lo que creo y no saben aprovechar, para enseñarles a vivir juntos y gozar de la vida en justicia y paz, en unión y alegría.

### *c. Un corazón de amigo y esposo fiel*

Una conocida novela cuenta que un noble después de pagar la boda de unos novios pobres no se unió a la fiesta con ellos. Y afirma: “les quería tanto que les pago todos los gastos, les quería tan poco que no se dignó en sentarse ni un momento a celebrar con ellos su alegría”. Pues bien, no es así el corazón de Dios, en su revelación va dejando ver que no le importa sentarse con su pueblo, hacerse uno con ellos y compartir su vida, aunque esta esté enredada en torpezas y faltas, en miserias y traiciones. Dios aparece como el amigo, como el esposo que sabe perdonar. La vida de Oseas lo había dejado ver cuando se unió en matrimonio a una prostituta como signo del amor que Dios sentía por su pueblo incluso cuando eran infieles (Os 1,2). Dios aparece en su revelación como aquel que está dispuesto a que se manche su nombre santo por unirse a los que lo tienen manchado por sus pecados. Al mismo Jesús le llamarán “borracho y comilón” por sentarse a la mesa con los pecadores para llamarlos a la vida que habían perdido y que los demás ya no querían restituir (Mt 11,19).

Y es que Dios no solo quiere visitar al ser humano para dejarle algún que otro “regalo de reyes”, sino que quiere compartir su vida con la humanidad. Por eso, Jesús se presentará, y presentará a Dios, como el amigo y esposo que llega para celebrar la fiesta del amor con la humanidad: “¡Que llega el esposo, salid a recibirlo!”, dirá en una de sus parábolas (Mt 25,6).

### *d. Abba, Padre*

Ahora bien, todas estas formas de llamar a Dios, que describen su forma de ser y de estar entre los hombres, van a convertirse en una especie de satélites que giran en torno a un centro que tiene como núcleo su paternidad.

“Jerusalén, ¿acaso puede una madre olvidar o dejar de amar a su hijo? Y aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaré de ti”, decía Isaías a un pueblo que no terminaba

de confiar en Dios, incluso cuando recordaba la gesta de su liberación (Is 49,14-15). Pues bien, en Jesús este Dios fuerte y entrañable toma el nombre de *Abba*, apelativo con el que los niños llaman a su padre con la confianza de que pueden contar con él, pues su afecto y su poder están siempre de su parte.

Este *Abba* es el que viene no a expulsar al hombre de sus dominios, sino a reintegrarle en ellos (Lc 15,11-32), el que no pone un ángel a la puerta del paraíso, sino que envía a su hijo a invitar a todos a la fiesta paradisiaca de su amor por todos. Este *Abba* es el que pone toda su sabiduría al servicio de la vida y de los hombres, el que deja al hombre el espacio suficiente para que sea él mismo, aprovisionándole con los talentos que necesita; el que le invita a compartir el camino de la verdad que envía a recorrer antes a su Hijo. Este *Abba* es el que no deja a los hombres presos en los abismos del pecado y de la muerte, sino que se arroja a ellos para salvarles, aunque tenga que sufrir sus consecuencias. Este *Abba* es el Dios y Padre de Jesús, que mostró en él su capacidad y decisión de amar incluso cuando le rechazan, como se vio en la cruz; y que tiene capacidad de dar vida y vida en abundancia (eterna) incluso cuando se hace fuerte el poder de la muerte como terminó por mostrarse en la resurrección.

De esta manera, poco a poco, la revelación de Dios se fue inscribiendo en la fe de hombres y mujeres del pueblo de Israel que abrieron su mirada a horizontes más anchos, intuiciones más profundas y anhelos más hondos que los que tienen aprisionados a los hombres a través del miedo a la libertad y al amor. Fueron ellos los que identificaron y nombraron, poco a poco, al verdadero Dios que solo tomó forma completa en la vida de Jesús. Es él, con su misma vida, el que ahora nos enseña a nombrarle y a vivirle, dejando atrás las viejas imágenes y las viejas dependencias de dioses extraños a los que estamos tan apegados (Sal 16,4; Jer 7,18; 32,29).

## **5. Un Dios en el que vivir y no solo frente al que estar**

Como hemos visto, en esta revelación Dios se ha mostrado como un Dios vivo que da vida, como un Dios compañero que vive en relación. Y se ha mostrado como es, sin apariencias ni disfraces, como se relata en las historias de los dioses griegos.

Los creyentes se han sentido en su presencia frente a ellos y le han hablado de tú a tú, aun sabiendo que Dios es siempre distinto de cualquier otro tú, pues está en la profundidad originaria de la realidad y en el horizonte de plenitud a la que esta es llamada. Aun así, le han sentido ahí delante, como alguien con quien se puede hablar “cara a cara” más allá de que no pueda ser visto como vemos las cosas de este mundo (Ex 33,11a). Y así se han dirigido a Él como a un tú santo y acogedor, justo y bendicente, protector y alentador, como vemos en los salmos.

En Jesús esta cercanía ha llegado a mostrarse en plenitud, una plenitud que se expresa en la relación filial que mantiene con Dios hasta el extremo de afirmar que

su relación es constitutiva y única. El evangelio de san Juan lo expresará poniendo en boca de Jesús una afirmación definitiva: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10,30). Los discípulos descubrirán la verdad y las implicaciones de esta intimidad última solo con la resurrección, en la que Jesús se revela habitando la misma vida del Padre, compartiendo su propia existencia. Es entonces cuando terminarán comprendiendo que aquel que vivió entre ellos era el Hijo eterno de Dios enviado a nuestro mundo para ofrecer su filiación a todos. Descubrirán que al enseñarles a llamar a Dios Padre (Lc 11,2) les estaba uniendo a él mismo para hacerles partícipes de su propia filiación; y que, al enviarles su Espíritu, esta filiación se activaba para siempre en el corazón de la humanidad.

Así pues, los seguidores de Jesús comprendieron que Dios, el Dios uno y único que se había manifestado al pueblo de Israel, era desde siempre vida compartida, una relación paterno filial de vida exuberante en el Espíritu. Comprendieron que lo que después llamarían trinidad era la forma cotidiana de la vida del Dios uno, y que esa forma de vida tenía espacio para todos en el Hijo. Lo habían sentido en la historia de Jesús cuando su vida se mostraba como hospitalidad acogedora; ahora, después de la resurrección, comprendían que esta era su forma eterna de ser, que el Hijo había deseado acoger en sí, en la vida eterna de Dios, a todos y que, por eso, todos habían sido creados en él para alcanzar a vivir en él sus mismas obras (Ef 2,10).

Y comprendieron que este era el regalo definitivo de Dios, su acción más profunda y conmovedora: el haber querido acoger en su propia vida relacional a la creación no dejándola fuera de sí; el haber querido envolver en la intimidad de su propio amor las cosas que había creado; el haber querido que su Hijo habitara este mundo esclavizado por la muerte y el pecado y lo alentara con su Espíritu hasta que fuera uno con Dios (1Cor 3,23; Ef 1,7-10); el haber querido que su eternidad de exuberancia vital y amor sobreabundante se haya convertido para siempre en el hogar definitivo para la creación y la humanidad. Esto es la salvación. Esto es la salvación que recibimos con el Espíritu filial de Jesús, algo de lo que “ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos” (Rom 8,38-39).

## **6. La noche es clara como el día**

Por tanto, esto supone que la revelación de la vida de Dios coincide con la revelación de su amor por nosotros; que la vida de Dios es, a través de la vida de Jesús, que comprendemos y acogemos por su Espíritu, en luz que envuelve la creación. Una luz que atraviesa las noches y las tinieblas que habitan la historia y el corazón del hombre. Una luz que ha mostrado su esplendor en la resurrección de Cristo que transfigura su carne e imprime en toda carne humana la esperanza de esa misma resurrección.

Al comprender que la vida de Dios es relacional y que el Hijo eterno se ha unido con su encarnación a todo hombre (*Gaudium et spes*, 22), descubrimos que su resurrección es también el futuro de Dios para toda la humanidad y, por eso, nos

sabemos “salvados en esperanza” (Rm 8,24) y “podemos afrontar nuestro presente, aunque sea un presente fatigoso” (*Spe salvi*, 1). Entonces se cumple el salmo: “Tu luz, Señor, nos hace ver la luz”. O, como dice el prólogo de Juan: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla” (1,4-5).

Es esta iluminación la que recibimos cuando el Espíritu santo se hace uno con nosotros y nos permite llamar a Dios *Padre* (Rom 15,17) y a Jesús *Señor* (1Cor 12,3), y crea en nosotros las actitudes de una *vida común*, mutuamente entregada, que refleja la relación interna de amor del Dios trino (1 Co 12,7).

Así pues, no hay separación entre creer en el Dios trino y creer y vivir nuestra misma salvación. Creer en el Dios trino es haber comprendido que vivimos no solo frente a Dios, sino que “en Dios vivimos, nos movemos y existimos”, recibiendo de continuo y para siempre la vida de Dios Padre al haber sido unidos al Hijo eterno de su amor, alentados por ese mismo amor que el Espíritu pone en nosotros para que la soledad y la distancia que existe entre nosotros y nos hiere no exista nunca más.

## **7. El misterio de Dios: Una oscuridad luminosa**

Ahora bien, Dios no es nada del mundo y solo se revela en el mundo a través de lo que no es él mismo: la creación, los creyentes del pueblo de Israel y la humanidad de Jesús ahora ofrecida sacramentalmente en la Iglesia.

Dios es un misterio en el sentido de que conocerlo presupone reconocer que no es nada de este mundo dominado por nuestros sentidos y nuestra acción; que necesitamos la fe para encontrarnos con Él, una fe que puede percibir su presencia y su acción sin poder nunca dominarla. Una fe que no puede demostrar sus contenidos, pero que se hace puerta de una presencia que se significa llevando al creyente a una vida plena.

Así pues, es necesario acoger a Dios con la conciencia de que no podemos dominarlo, de que no se le puede traer y llevar según nuestras necesidades o intereses, con la conciencia de que su presencia tiene sus propias formas y caminos que hay que aceptar, a veces sin comprender muy bien, en el Espíritu de su mismo amor (Jn 3,8).

Dios, entonces, no *es* como todo lo que existe, sino que *sobre-es* atravesando como un misterio de gracia todo lo que existe, llamando a todas las cosas a la existencia y orientándolas a compartir su propia realidad por el camino del amor, camino seguro, aunque en nuestra historia siempre es extraño y, por momentos, oscuro y doloroso.